

## ES HORA DE APRENDER LA ESPERANZA<sup>1</sup>

John Holloway\*

1. Es hora de aprender la esperanza. Lo digo aquí en Guatemala, el 27 de junio de 2016, en este momento cuando parece que no hay mucho sustento para la esperanza en el mundo. En este país donde cientos de miles murieron con esperanza, con la esperanza de que su lucha y su muerte abriría camino a la creación de un mundo más justo y más humano. Pero no pasó así y la esperanza se va extinguiendo. A veces siento que la esperanza está muriendo, que está desapareciendo del mundo, con consecuencias muy graves para la humanidad, es decir, para los humanos y para lo que significa ser humano.

Por eso, precisamente por eso, reitero las palabras de Ernst Bloch al inicio de su obra *El principio esperanza*: «es hora de aprender la esperanza». No lo digo como burla ni chiste de mal gusto, ni para insultar a los millones de jóvenes en todo el mundo que ven la esperanza como un autoengaño muy cómodo, una palabra vacía, sin sentido, muy alejada de su realidad.

¡Qué loco, qué absurdo hablar de esperanza después de todo lo que ha pasado en el mundo en los últimos treinta años! Ayotzinapa, Noxichtlán,

---

1 Conferencia inaugural del Segundo Congreso de Estudios Mesoamericanos, Quetzaltenango, Guatemala, 27 de junio 2016.

\* Abogado, doctor en Ciencias Políticas, egresado de la Universidad de Edimburgo y diplomado en altos estudios europeos en el College d'Europe. Actualmente, es profesor en el posgrado de Sociología del Instituto y Ciencias Sociales y Humanidades en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.

[Donald] Trump, el surgimiento de la derecha en todo el mundo, Siria, los refugiados ahogados en el Mediterráneo, por no mencionar las masacres aquí, y más, y más. Precisamente por eso: por lo loco, por lo absurdo que es. Loco, absurdo y necesario.

2. Es necesario simplemente por la razón sencilla y obvia que el capitalismo es una catástrofe. No digo que el neoliberalismo es una catástrofe, por supuesto que lo es pero no es cuestión de la política de los gobiernos, es la estructura social, el capitalismo, la forma en la cual las relaciones sociales están organizadas. Esta forma de organización social está destruyendo nuestras vidas, está destruyendo las formas de vida no humanas y las condiciones necesarias para la existencia humana y, si no cambiamos radicalmente la organización social, es muy posible o probable que nos lleve a la extinción.

Es una carrera entre dos competidores (o tal vez un competidor y una competidora): por un lado el autoniquilamiento de la humanidad y por el otro, la abolición del capitalismo y la creación de una sociedad autodeterminante, comunizante. ¿Quién va a ganar? No lo sabemos, pero está claro que nosotros no somos observadores neutrales, que sí tenemos nuestra preferencia, que apoyamos al segundo competidor (o más exactamente la competidora: la comunizante), que apostamos por ella y que haremos todo lo que podamos para asegurar su triunfo, aún si a veces sentimos que no tiene ninguna posibilidad. Nuestra esperanza es que gane la segunda opción. Esta esperanza es la esperanza a la cual me refería hace un momento: es hora de aprender la esperanza.

3. Es una esperanza que se puede aprender. No es cuestión simplemente de esperar: «¡Oh, espero que haya una sociedad comunizante un día!» No, es más bien cuestión de desarrollar lo que Bloch llama una *docta spes*, una esperanza pensada. Una esperanza pensada que va rompiendo, no una esperanza que se contiene dentro de la sociedad actual, dentro de la sociedad de destrucción y muerte.

Tenemos que aprender de la experiencia griega y la experiencia de los llamados Estados progresistas de los últimos años en América Latina. Este tipo de esperanza a medias, que busca, no el rompimiento absoluto con

la dinámica del capital, sino la reconciliación del impulso de la esperanza con la reproducción del capitalismo, se ha mostrado como un desastre que cierra los horizontes y conduce a la pérdida total de la esperanza. Nuestra esperanza es otra. Surge de la misma rabia —me parece que rabia nunca está muy alejada de la esperanza—. No es una esperanza que busca mejorar el sistema de muerte sino romperlo. Es una esperanza que toma posición en el suelo de un mundo que no existe, o que todavía no existe.

4. Este mundo que no existe —o que todavía no existe, y sabemos muy bien que tal vez nunca llegue a existir, o que tal vez sí vamos a poder crearlo—, este mundo que todavía no existe es el eje de la esperanza.

Este es realmente el centro de mi argumento: que este mundo que todavía no existe es el eje del pensamiento científico y también la clave de la organización política. Suena loco, puede ser...

5. ¿Cómo se ve este mundo que no existe? No sabemos, ya que no existe. Pero sí podemos destilar imágenes de él, de los sueños y proyectos y luchas de los siglos, de la misma manera en la cual podemos destilar los aromas de las plantas y fijarlos en aceites esenciales. Imágenes de placer, de justicia, de leche y miel, de abundancia, de autodeterminación y creatividad, del reconocimiento mutuo de dignidades, de otra relación con las formas no humanas de vida, y más y más: imágenes generadas en diferentes situaciones y como parte de diferentes luchas. Un mundo donde estas imágenes de esperanza crecen en convivencia: un mundo de muchos mundos, como dicen los zapatistas.

Es de este mundo de muchos mundos del cual brota nuestra esperanza. Puede ser una locura pero no es ningún sueño tonto, ninguna fantasía vacía. Está profundamente arraigada en el pensamiento social y político, como también en los cuentos de hadas, en la música, la danza, la religión, la pintura, el teatro, la jardinería y todas las expresiones de la creatividad humana, como Bloch describe en su libro maravilloso. Está presente en todo lo que Sergio Tischler caracteriza como lo extraordinario, todo lo que no cabe en el mundo actual de dinero, de muerte y de destrucción. Este mundo que todavía no existe, existe todavía-no, como fuerza actual, como movimiento no solo en sino contra-y-más-allá, como un empuje que rompe, como anticipaciones.

6. ¿Cómo entonces aprendemos la esperanza? Posicionándonos firmemente en este mundo que todavía no existe y existe todavía no. Esto significa desarrollar una sensibilidad, aprender a ver y oír el empuje hacia otro mundo que existe por todos lados, que tiene que existir en todos lados, como resistencia y rebeldía contra un mundo que oprime y limita, que mata y destruye. La escritora india, Arundhati Roy, lo expresa de una manera muy bella: «otro mundo no es solamente posible, ya está en camino. En un día tranquilo, puedo escuchar su respirar». El primer paso en aprender la esperanza es escuchar la respiración del todavía no.

7. Pero es más que escuchar, es también cuestión de pensar, de poner tu mente de cabeza. La perspectiva de la esperanza cambia la gramática del pensamiento. La gramática de la esperanza es negativa. No en el sentido de ser una queja constante, sino todo lo contrario. Es más bien que si miramos el mundo actual desde la perspectiva del mundo que queremos crear, vemos entonces un mundo que todavía no ha llegado a casa, que todavía no ha llegado a ser lo que podría ser. Su positividad es falsa, su permanencia fingida oculta su carácter transicional. Su pretensión de ser absoluto es equivocado: es una forma de sociedad históricamente específica, una sociedad en la cual el flujo de las relaciones sociales se coagula en formas rigidizadas o fetichizadas que parecen estar fuera del tempo: formas como dinero y mercancía, y capital y Estado. La creatividad humana existe en esta sociedad como en cualquiera, pero existe en el modo de ser negada, como atributo del dinero. La sociedad es una sociedad de formas, de formas fetichizadas que niegan el movimiento y encarcelan la creatividad, un mundo de creativities congeladas que nos dicen todo el tiempo que «no hay posibilidad de cambio radical, abandona tu esperanza estúpida».

Pensar, entonces, es pensar contra-y-más-allá de estas formas. Pensar positivamente (una contradicción) sería simplemente reiterar el mundo que nos tiene atrapados, el mundo que nos está matando. Pensar críticamente es pensar contra-y-más-allá de lo que es, contra-y-más-allá de la identidad, es seguir el movimiento de la antiidentidad. El movimiento de la antiidentidad es el movimiento del todavía no, de ese mundo que todavía no existe y por lo tanto existe todavía no, existe como negación latente, escondida. ¿Qué es lo que Arundhati dice que puede escuchar en un día tranquilo?

La respiración del todavía-no, la fuerza subversiva de la antiidentidad que corroe lo que es. Lo que escucha es el antagonismo, generalmente silencioso a veces explosivo, del mundo que todavía no existe contra el mundo que sí existe. Lucha de clases, en otras palabras, porque, ¿qué más puede ser la lucha de clases si no la lucha del mundo para nacer contra el mundo del capital, del dinero, de la muerte y de la destrucción?

8. Dije hace un momento que el mundo que todavía no existe es el eje de cientificidad. Suena absurdo, pero nada más estoy repitiendo a [Karl] Marx. Para él la diferencia crítica entre su pensamiento y el pensamiento burgués, aún en el caso de sus mejores representantes como [Adam] Smith y [David] Ricardo, fue que ellos pensaban a partir de la permanencia del capitalismo, que entonces no podían tener un concepto de forma, no podían entender al valor, el dinero, el capital, etc., como formas de relaciones sociales. Es solamente cuando uno se da cuenta de que no hay ninguna razón para tomar la permanencia del capitalismo como punto de partida que se abre la categoría de forma, la categoría central de *El Capital*. Como decía Rosa Luxemburgo, la clave para entender las categorías de Marx es que él estaba viendo la sociedad actual desde la perspectiva del futuro (o desde un futuro posible).

9. El pensamiento de la esperanza es la dialéctica, el lenguaje de la negatividad, de la latencia, de la ruptura. Una dialéctica negativa, por supuesto. Ya no puede haber ninguna certeza de un final feliz, como en la vieja dialéctica positiva: después de Auschwitz tal certeza es imposible, como insiste [Theodor] Adorno. Nuestra esperanza ahora es, tal vez, una esperanza contra todas las probabilidades, pero sigue siendo central. Abandonar la dialéctica es abandonar la esperanza, abandonar esta perspectiva de un mundo que todavía no existe. La revolución cae del orden del día.

10. Después del fracaso de las revoluciones del siglo XX, quedan dos opciones para los que siguen luchando contra los horrores del capitalismo. Una es enfocarse en la rebelión contra lo inaceptable y dejar que la noción de revolución caiga en el olvido. El pensamiento dialéctico ya no nos ayuda, ya que el mundo más allá del capital es nada más un espejismo. Es mejor entonces analizar la sutilezas del poder y buscar líneas de fuga, dejar que

la lucha por la democracia tome el lugar de la revolución, olvidándonos del concepto del capital. Hay una reducción de las expectativas, apoyada muchas veces por el pensamiento estructuralista o posestructuralista. Nada más que el problema con bajar las expectativas es que, aunque cambios deseables sí se pueden lograr dentro del capitalismo, nos quedamos atrapados dentro de una dinámica de muerte, dentro de la lógica del dinero, de la ganancia.

La otra respuesta posible es decir «sí, es cierto que la revolución fracasó, pero la catástrofe del capital está ahí todavía, y más terrible que nunca. Tenemos que mantener viva la idea de la revolución, mantener viva la esperanza de una sociedad radicalmente diferente. Tenemos que reaprender la esperanza, reaprender la revolución». A pesar de lo imposible que pueda parecer, tenemos que romper la dinámica del capital.

11. Memoria: la cuestión de la memoria entra aquí. Sé que es un tema muy importante de reflexión y de investigación aquí [en Guatemala], como debe ser la memoria de la guerra, de las masacres, del genocidio. Me parece muy importante como homenaje a los caídos. Recordarlos desde la esperanza agrega otra dimensión, es recuperar no solamente sus vidas y luchas y muertes, sino también recuperar sus sueños, sus rabias, sus aspiraciones, aspiraciones que todavía no se han realizado, sueños y rabias que quedaron abiertos. Rememorar se redimensionar como redimir. Ellas y ellos murieron con la bandera de la rabia y de la esperanza en las manos. Nos toca a nosotras y nosotros levantar las banderas caídas y hacerlas nuestras. No que vamos a luchar de la misma manera, porque finalmente fracasó esa manera de concebir la revolución, pero sí compartimos la misma rabia contra un sistema asqueroso y compartimos la misma aspiración de crear una sociedad muy, muy diferente. No es cuestión simplemente de memoria sino de redención.

12. Pensar la esperanza es pensar la revolución, pensar la revolución es pensar la esperanza. No como antes, porque eso fracasó de forma terrible. Pensar la esperanza-revolución es pensar desde el mundo que todavía no existe y existe todavía-no. ¿Qué significa esto en términos de organización? ¿Qué pasa si ponemos el mundo que todavía no existe en el centro de

nuestro concepto de la revolución? Este tema no fue desarrollado por Bloch, quien vivía críticamente en el mundo de los partidos comunistas.

La idea de poner el mundo que no existe, el mundo que queremos crear, en el centro de nuestra comprensión de la política anticapitalista ha estado ganando fuerza en los últimos treinta o cuarenta años. Es la idea de que una política radical tiene necesariamente que ser prefigurativa, que nuestras acciones y formas de organización tienen que prefigurar la sociedad que queremos crear. La idea está estrechamente asociada con el feminismo, pero ha estado aceptada por muchos movimientos (el horizontalismo como principio, por ejemplo).

Un ejemplo muy importante es el movimiento zapatista: aunque tiene un ejército (el EZLN<sup>2</sup>) organizado de forma jerárquica, su impulso central desde el principio (y cada vez más) ha sido la lucha por la dignidad, la creación aquí y ahora de un mundo basado en el reconocimiento mutuo de las dignidades. Ese es el principio central de sus sistemas de educación, salud, justicia y organización política: resistimos-y-rebelamos, creando el mundo que queremos.

13. Esto significa una asimetría fundamental respecto a la organización capitalista. Nuestras formas de organización son necesariamente asimétricas a las formas capitalistas: si no, estamos reproduciendo simplemente las formas del mundo que rechazamos. Esto implica un rompimiento con la tradición leninista que dominó mucho del pensamiento revolucionario del siglo XX. En esa tradición se pensaba en la organización de manera simétrica: adoptamos la forma de organización más eficiente para derrocar la sociedad actual, sea un partido, sea un ejército y, luego, una vez cumplido el objetivo, vamos a crear otras relaciones sociales. La organización se entiende como un medio para obtener un fin: se adopta el instrumentalismo característico del pensamiento burgués. Por otro lado, si colocamos la esperanza en el centro, entonces la organización es la organización del todavía-no, del mundo en latencia que existe en el modo de ser negado y que es necesariamente una anticipación o prefiguración del mundo que queremos crear. ¿Es eso suficiente? Los zapatistas sugieren que tal vez

---

2 Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

no es así, porque dicen que por el momento, su existencia como ejército armado es necesaria para defender el movimiento, pero que el suyo es un ejército que busca ser innecesario, que el ejército es una necesidad temporal y desafortunada. Poner en el centro el mundo que todavía no existe es crucial, pero el problema de cómo pensar la relación con el mundo que todavía sí existe es siempre complicado.

14. El sujeto revolucionario viene también, necesariamente, del mundo que todavía no existe. No de un ejército de santos sino todo lo contrario. El ejército de santos, de revolucionarios puros, está en el núcleo del concepto vanguardista: un grupo de personas que han logrado levantarse, moral y teóricamente, encima de las contradicciones de la sociedad capitalista. Para un concepto basado en la esperanza, es todo lo contrario. Decir que el sujeto revolucionario viene del mundo que todavía no existe significa simplemente que es la existencia de ese mundo en el presente, lo que constituye la posibilidad de revolución. Ese sujeto es el mundo de la latencia, el mundo de lo que existe en el modo de ser negado. Es el impulso hacia la autodeterminación que existe ya como resistencia-y-rebeldía, contra la determinación ajena de nuestra actividad. Si pensamos en el capitalismo como algo constituido por la abstracción de nuestro hacer en una totalidad determinada por la ley del valor, entonces el sujeto revolucionario es el impulso contrario, el movimiento destotalizante de decir: «no, vamos a hacer las cosas que nosotros consideramos necesarias o deseables».

¿Es este sujeto la clase trabajadora? Sí, pero solamente si empezamos desde el carácter dual del trabajo y si entendemos lo que Marx llamaba el trabajo concreto como la actividad humana que existe en-contra-y-más-allá de su abstracción totalizante como trabajo capitalista. La lucha de la clase trabajadora, entonces, como el movimiento comunizante de la actividad autodeterminante contra su determinación ajena por la ley del valor. La lucha de la clase trabajadora como movimiento por la emancipación de la actividad del trabajo. Tiene que ser así: la clase trabajadora entendida como personificación del trabajo abstracto (o asalariado) solo puede reproducir el mundo del trabajo y por lo tanto del capital.

15. Este impulso hacia un mundo diferente es algo que probablemente todos reconocemos dentro de nosotros. Pero al mismo tiempo sentimos



que nuestra esperanza está siendo aplastada, que el mundo que anhelamos se está alejando todo el tiempo. Todo lo que nos rodea (la necesidad de tener dinero para comer, la educación que recibimos, la represión policiaca) nos invita a abandonar esa esperanza, a ponernos anteojeras en los ojos, a taparnos los oídos y las narices, a restringir la mente al mundo que es. Individual y colectivamente, en los jóvenes y los ancianos, la esperanza se cansa, pone la cabeza en las manos, quiere abandonar la lucha, quiere dormirse.

¡Despierta, esperanza, despierta!, queremos gritar. ¡Mira alrededor, ve las luchas en el mundo entero, mira los millones de personas que de una manera u otra están tratando de crear otro mundo, un mundo basado en el reconocimiento de las dignidades humanas! «Sí», dice la esperanza, «pero no es suficiente, mira lo que está pasando en el mundo, mira lo que los zapatistas llaman “la tormenta”, la destrucción devastadora de la crisis capitalista. No, la carrera para salvar la humanidad está perdida, me estoy desvaneciendo». Pronto ya no va a haber nada de esperanza más que la religión y los anuncios de televisión. Incluso decir que tenemos que aprender la esperanza va a ser incomprensible. El lenguaje de la esperanza se va a perder como se ha perdido el latín, como se está perdiendo el conocimiento de los nombres de las aves.

16. ¿Qué podemos decir? Tal vez tenemos que buscar la respuesta en nuestra propia latencia. Vivimos en la oscuridad, en las sombras. El nuestro es el mundo que todavía no existe, que existe en el modo de ser negado. A través de las categorías de las ciencias sociales, somos invisibles, pero muchas veces nosotros también, nosotros que vivimos en este mundo de esperanza, este mundo de resistencia-y-rebeldía, nosotros también encontramos difícil vernos a nosotros mismos, tenemos problemas para percibir nuestra propia fuerza. En muchos sentidos hemos aprendido en los últimos años a ver luchas que antes quedaban invisibles. Muchas de estas expansiones de nuestra capacidad de ver están relacionadas con las luchas de las mujeres, por mucho tiempo invisibles (al menos para los hombres), pero también el movimiento de las luchas mismo genera un abrir de ojos más general.

17. Pero también hay otro tipo de latencia, una latencia que está inscrita

en la naturaleza de la dominación. Todos los tipos de dominación se basan en el mantenimiento de un secreto, y este secreto es que los dominadores dependen de los dominados. Esta dependencia constituye la debilidad, la fragilidad de la dominación. Para los dominados esta dependencia es la sustancia de la esperanza. El capital depende del trabajo: este es el tema central de *El Capital* de Marx. La teoría del valor-trabajo nos dice que la riqueza y el poder del capital están creados por el trabajo, es decir, por una actividad humana que está alienada y deformada de una manera que la transforma en trabajo que produce valor y plusvalía.

Esta dependencia respecto al trabajo constituye ya la fragilidad de la dominación, pero en el caso del capital existe otra dimensión porque el capital incorpora un impulso demoníaco: no solamente requiere subordinar y explotar al trabajo, lo tiene que hacer más y más y más con cada día que pasa. Si no, la tasa de ganancia va a caer, la competencia se va a volver aún más frenética y va a estar obligado a reestructurarse de manera drástica, lo que se puede realizar solamente a través de una agresión masiva contra las formas actuales de vivir –la «tormenta» mencionada por los zapatistas y que todos estamos experimentando actualmente–. Es muy posible, o más bien, es ya la normalidad del capitalismo, que el capital nos esté subordinando cada vez más, mientras que al mismo tiempo sea incapaz de subordinarnos lo suficiente para asegurar su reproducción estable. Puede ser entonces que los dos lados estén perdiendo al mismo tiempo. La respuesta del capital en los últimos setenta años ha sido esconder la brecha entre sus logros y sus requerimientos a través de la expansión constante y masiva de la deuda, con toda la violencia y la volatilidad que esto conlleva. El mundo ficticio generado por la expansión del crédito refuerza la ilusión de que la victoria del capital sobre nosotros es absoluta, mientras oculta su propia inestabilidad profunda.

La dependencia del capital respecto a la intensificación constante de la subordinación de la actividad humana a su propia lógica, la lógica de la ganancia, es su violencia, pero también su enfermedad crónica y progresiva. Nosotros, nuestra resistencia necia contra la subordinación total a la lógica del capital, somos la crisis del capital. Nosotros somos el problema que el capital es incapaz de resolver. El capital es incapaz de superar el hecho de que depende de nosotros: esta es, al mismo tiempo, la fuerza que empuja la

humanidad hacia su aniquilación y la fuente de la esperanza de que pueda haber otro desenlace.

El capital depende de nosotros, la crisis del capital, la enfermedad crónica y progresiva de la sociedad que nos está matando. Esta es una esperanza enterrada, una latencia profunda. ¿Cómo traerla a la superficie? ¿Cómo hacer patente que la violencia del capital es su lucha desesperada para sobrevivir ante su incapacidad de superar totalmente nuestra resistencia? ¿Cómo asegurar que esta resistencia necia que constituye el obstáculo, muchas veces silencioso al capital, desborde en una resistencia-y-rebeldía llena de la presencia del mundo que todavía no existe? ¿Significará la muerte del capital también la muerte de la humanidad, o existe una manera de liberarnos de las garras del moribundo? Esta es no solamente una película de terror sino de suspenso.

18. Ahora, aprender la esperanza no significa hablar de una llegada segura a casa, como parecía ser el caso en los tiempos de Bloch. Ahora es diferente. Ahora significa abrir el mundo, mantener viva la posibilidad (pero no la certidumbre) de la revolución, de poder crear una sociedad basada en el reconocimiento mutuo. El pensamiento crítico es el pensamiento de Jano, el dios con dos caras, el dios del umbral, que ve por ambos lados. No es suficiente ver el terror de lo que está pasando en el mundo, contar sin parar historias de masacres. Tampoco tendría sentido no ver la realidad de la brutalidad creciente. Aprender la esperanza es ver los dos lados al mismo tiempo: la brutalidad del capital y la fuerza volcánica, latente, bella, el aquí y ahora del mundo que todavía no existe.

Soy una hada. Siempre que doy una conferencia inaugural como esta, pienso que soy una hada invitada a la fiesta de inauguración para expresar mi deseo para la niña que está empezando su vida. En este caso mi deseo es que la rabia, la redención y la esperanza sean las consignas del congreso, los puntos de referencia constantes de los próximos días.